

“EL ASIENTO DE SU RIQUEZA”. LOS BOSQUES Y LA OCUPACIÓN DEL ESTE DE CUBA POR EL AZÚCAR, 1898-1926

Reinaldo Funes Monzote*

Resumen

Este artículo destaca la importancia de la existencia de extensas zonas boscosas en la ocupación por los latifundios azucareros de extensos territorios de las provincias cubanas de Camagüey y Oriente durante el primer cuarto del siglo XX. Estos territorios de la mitad Este de la Isla habían quedado fuera, en lo fundamental, de la expansión de las grandes plantaciones esclavistas azucareras durante el siglo XIX, cuando Cuba se convirtió en el principal abastecedor del mercado mundial de azúcar tras la revolución de los esclavos en Haití, y esto permitió que el grado de transformación antrópica fuera mucho menor que el de la mitad Oeste. Sin embargo, este panorama cambiaría drásticamente a partir de las nuevas relaciones económicas y políticas con los Estados Unidos que condicionaron en buena medida el destino de la República de Cuba inaugurada en 1902. Una de sus consecuencias más visibles sería la más intensa deforestación del país en toda su historia a expensas de su crecimiento azucarero para el mercado exterior. Acerca de esta y otras implicaciones ambientales se ofrecen en el texto algunos elementos, así como sobre el papel de la ciencia y del Gobierno ante la gigantesca transformación ecológica de los territorios del Este cubano durante esos años.

Palabras clave: Oriente cubano – deforestación – caña de azúcar – transformación ecológica

Abstract

This article highlights the importance of extensive forest areas in the occupation for sugar latifundios of the Camagüey and Oriente provinces (Cuba) during the first decades of the XX Century. These territories in the Eastern half of the Island were not included, mainly, in the expansion of big sugar slave plantations during the XIXth century, when Cuba became the main supplier of the world sugar market after the Haiti revolution. This allowed the anthropic transformation level to be much smaller than in the Western territories. However, this panorama changed drastically because of the new economic and political relationships with the United States that conditioned, in good measure, the destiny of the Republic of Cuba inaugurated in 1902. One more visible consequence was intensification in deforestation of the country in its history favoring a sugar growth for the external market. The paper offers some elements about this and other environmental implications, as well as the role of Science and Government in the great ecological transformation of the Cubans Eastern territories during those years.

Keywords: Eastern Cuba – deforestation – sugar cane – environmental implications

* Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre.

"...indudablemente, son todos esos campos de los más feraces de Cuba, el asiento de su riqueza, y por ello, ese porcentaje de tierra tiene un significado no compensable con una extensión igual del resto del territorio."¹

"Por lo tanto es lógico decir que este gran salto adelante en el azúcar cubano (hecho posible en primer lugar por la locura de Europa) fue llevado a cabo no sólo por fábricas, capital y dirección extranjeros, sino también por mano de obra extranjera. (...) Cuba era así el espectador de la transformación de su propio destino. Los grandes bosques de Oriente no fueron quemados para su propio carnaval."²

Introducción

El primer cuarto del siglo XX en Cuba se caracterizó por un espectacular auge económico y el aumento de la riqueza material del país en todos los órdenes. El eje de los grandes cambios en ese período fue el rápido crecimiento de la producción de azúcar a partir de la intervención militar de los Estados Unidos en la guerra que libraban los cubanos desde 1895 por la independencia, poniendo fin en 1898 a cuatro siglos de soberanía española. Durante la ocupación de la isla por tropas norteamericanas, que duró más de tres años, quedaron sentadas las bases para que poderosas empresas del país vecino tuvieran el protagonismo fundamental en un nuevo salto azucarero. Como garantías de este flujo inversionista, dentro de un esquema de dominación bautizado como neocolonial, aparecieron dos elementos fundamentales. El primero, la imposición de la Enmienda Platt a la Constitución elaborada por los cubanos en 1901 para regir la República, inaugurada el 20 de mayo de 1902, que concedió a los Estados Unidos el derecho a intervenir para el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual. El segundo, la firma de un tratado de reciprocidad comercial en 1903, que reducía en un 20% los aranceles para la entrada del azúcar cubano en el mercado estadounidense, a cambio de una rebaja del 25% al 40% para la introducción de sus productos en la isla³.

Estas favorables circunstancias políticas y económicas para la inversión norteamericana, junto a excepcionales coyunturas en el mercado azucarero, impulsaron una vasta transformación ecológica de amplias regiones de la mitad este de Cuba, la menos modificada por el hombre hasta esos momentos. Las cifras son elocuentes respecto a los cambios cuantitativos que se producen en el primer cuarto de vida republicana, tanto en la producción azucarera como en otros sectores económicos. En 1894 se había alcanzado un récord histórico de exportación cercano a 1.111.000 toneladas de azúcar, pero la

¹ Fernando Ortiz, "La decadencia cubana", *Orbita de Fernando Ortiz* (Selección y prólogo de Julio Le Riverend), La Habana, UNEAC [1924] 1973, p. 79.

² Hugh Thomas, *Cuba. La lucha por la libertad, 1909-1958*, Barcelona-México DF, Grijalbo, 1974, p. 706.

³ Acerca de la Enmienda Platt y el Tratado de Reciprocidad comercial entre Cuba y Estados Unidos existe una amplia bibliografía. Entre lo más reciente se pueden consultar: Louis A. Pérez Jr., *Cuba Under the Platt Amendment*, Universidad de Pittsburg, 1986; y Oscar Zanetti, *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898*, La Habana, Casa de las Américas, 1998.

guerra por la independencia iniciada al año siguiente hizo caer bruscamente esa cifra. Todavía en 1900 se registraban apenas 309.000 arrobas producidas. A partir de entonces, sin embargo, se iniciaría un despegue azucarero sin precedentes hasta rebasar los 2.500.000 Tm en 1913 y los 5.386.000 Tm en 1925⁴.

Ese asombroso incremento respecto al récord del siglo XIX se debió sobre todo a la fundación de modernas fábricas de azúcar en las provincias de Camagüey y Oriente a partir de 1899. Con ese fin se ocuparon enormes extensiones de tierra para la siembra de cañaverales y se establecieron los medios de transporte adecuados para llevar la materia prima a los centrales y el azúcar hacia los puertos de embarque. Al cese de la soberanía española sobre la isla sólo existían unas pocas líneas ferroviarias en la mitad oriental, pero en un tiempo muy breve sus extensos territorios se vieron atravesados por miles de kilómetros de ferrocarriles públicos y privados. El mejor ejemplo fue el Ferrocarril Central, un viejo proyecto que no llegó a concretarse en tiempos de la colonia⁵.

Otras muchas evidencias del crecimiento económico acompañaron al salto azucarero, como el aumento de la masa ganadera en más de cuatro veces en sólo dos décadas o la fundación de nuevas poblaciones bajo el influjo de la economía del azúcar⁶. Consecuencias similares saltan aún hoy a la vista, como el auge urbanístico en las principales ciudades cubanas, las señoriales mansiones del Vedado y Miramar en La Habana o los edificios de los antiguos bancos en La Habana Vieja, a la manera de una pequeña réplica de Wall Street en el Caribe.

Acerca de ese salto azucarero, sus particularidades y consecuencias en los órdenes económico, político y social, existe una amplia literatura ya clásica, enriquecida en los años recientes con nuevos y profundos estudios de historiadores cubanos y extranjeros⁷. A esto se unen otras indagaciones más conectadas con el ámbito de la historia social o los estudios culturales, donde se ponen de manifiesto la correspondencia en muchos aspectos de la modernización material y la que se produjo en el orden de las actitudes políticas y de la cultura espiritual en general⁸. Parte del precio a pagar por el milagro económico de estos años fue el traspaso a manos extranjeras de la propiedad de una

⁴ Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, t. 3, 1978, pp. 35-48. Para 1894 se toma el dato de exportación, que implica una ligera diferencia con respecto a la producción total.

⁵ Oscar Zanetti y A. García, *Caminos para el azúcar*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1987, pp. 209-232.

⁶ Al respecto se pueden consultar la opinión de un contemporáneo como Ramiro Guerra, *Un cuarto de siglo de evolución cubana*. La Habana, Librería Cervantes, 1924; o la más actualizada de: Abel F. Losada, *Cuba: Población y economía entre la independencia y la revolución*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 1998.

⁷ Entre los estudios clásicos sobre esta etapa se pueden citar el de Leland H. Jenks, *Nuestra colonia de Cuba*. La Habana, Ed. Revolucionaria [1928] 1966. También Luis V. de Abad, *Azúcar y caña de azúcar. Ensayo de orientación cubana*. La Habana, Ed. Mercantil Cubana, 1945; y Oscar Zanetti y Alejandro García (redactores) *United Fruit Company: Un caso del dominio imperialista en Cuba*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1976. Entre los más recientes Alan D. Dye, *Cuban Sugar in the Age of Mass Production: Technology and the Economics of Cuban Sugar Central*. New York, Stanford University Press, 1998. Antonio Santamaría García, *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana (1919-1939)*. Sevilla, CSIC, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Universidad de Sevilla, 2001.

⁸ Louis A. Pérez Jr., *On becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*. University of North Carolina Press, 1999.

buena porción de los territorios cubanos, cuestión denunciada por no pocos contemporáneos debido a los peligros que representaba la pérdida por los nacionales de la más preciada de sus riquezas: la tierra⁹.

El empleo del término tierra, sin embargo, no refleja la verdadera magnitud de las riquezas naturales que en mayor medida permitieron el salto azucarero del primer cuarto del siglo XX. Aunque no pocos contemporáneos y otros autores en fechas posteriores se percataron de la gran transformación ambiental paralela al crecimiento de la producción de azúcar en las provincias de Camagüey y Oriente, no ha sido hasta años muy recientes cuando este tema comenzó a convertirse en centro de atención para algunos historiadores que trabajan desde la perspectiva de la historia ambiental¹⁰.

Entre las características más sobresalientes de estos años se puede destacar la deforestación más intensa que se haya producido jamás en Cuba. Si bien al finalizar la dominación española en 1898 había desaparecido ya gran parte de la cubierta forestal encontrada por los colonizadores en el siglo XVI, que según las estimaciones más recientes abarcaba entre el 88% y el 92% de la isla, todavía al iniciarse el siglo XX cerca de un 50% de sus territorios contaban con abundantes bosques¹¹. La mayor parte de esta extensión boscosa se localizaba en la mitad este de Cuba, como lo constata el censo de 1899 y de manera más precisa el mapa en 70 hojas, a escala 1: 62.500, levantado durante la segunda intervención norteamericana (1906-1908)¹². Tal abundancia de recursos forestales no escaparía a las apetencias territoriales de las nuevas inversiones en el azúcar, que como era tradicional tenían en la existencia de bosques uno de sus recursos más preciados. Aunque las famosas maderas cubanas fueron vistas como uno de los recursos con mayores perspectivas para atraer la inversión norteamericana, como se auguraba en 1897 desde las páginas de Cuba y América, el negocio azucarero impuso su creciente

⁹ Por poner un caso, de acuerdo al censo azucarero de 1936, los latifundios dedicados a la producción de azúcar en la provincia de Camagüey tenían en propiedad o controlaban más del 50% del total de su territorio.

¹⁰ Referencias a la deforestación a causa del auge azucarero de las primeras décadas del siglo XX abundan en los libros de geografía, artículos periodísticos, revistas científicas, testimonios literarios, etc. Sin embargo, no se le dedicó al tema un estudio particular. Trabajos pioneros desde la perspectiva de la Historia Ambiental son los de Mark J. Smith "The political Economy of Sugar Production and the Environment of Eastern Cuba, 1898- 1923", *Environmental History Review*, Vol. 19, n° 4, 1995, pp. 31-48. Richard P. Tucker, *Insatiable Appetite: The United States and the Ecological Degradation of the Tropical World*, Berkeley University of California Press, 2000. Stuart Mc Cook, *States of Nature. Science, Agriculture, and Environment in the Spanish Caribbean, 1760-1940*, Austin, University of Texas Press, 2002. El autor del presente artículo ha trabajado el impacto del azúcar sobre los bosques en las tres primeras décadas del siglo XX dentro de la tesis de doctorado: *Azúcar, deforestación y medioambiente. Los bosques de Cuba entre 1772 y 1926* (Universitat Jaume I, Castellón, España, 2002). Una versión más reducida aparecerá próximamente por la editorial Siglo XXI de México, con el título *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medioambiente en Cuba, 1492-1926*.

¹¹ Para estimaciones recientes acerca de la vegetación de Cuba a la llegada de los españoles ver: Academia de Ciencias de Cuba, *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*, 1989; y Enrique del Risco Rodríguez, *Los bosques de Cuba. Su historia y características*, La Habana, Ed. Científico Técnica, 1995.

¹² Este mapa sirvió de base a Leo Waibel para su estudio pionero de 1943 sobre la vegetación original de Cuba. Ver: Leo Waibel, "La toponimia como contribución a la reconstrucción del paisaje original de Cuba", en Leo Waibel y Ricardo Herrera, *La toponimia en el paisaje cubano*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1984, pp. 1-45. En el prólogo el editor Ernesto Chávez afirma que se trata del *Reconnaissance Map of Cuba 1906-1908*, preparado por el ejército de intervención.

necesidad de tierras y biomasa sobre cualquier lógica de explotación forestal a largo plazo¹³.

En estas páginas se destacará la importancia de los bosques en la ocupación por el azúcar de extensos territorios camagüeyanos y orientales durante el primer cuarto del siglo XX, así como el impacto de este proceso sobre la pérdida y deterioro de lo que Ortiz llamó, refiriéndose a Cuba en su conjunto, "el asiento de su riqueza". Otros recursos naturales, como varios yacimientos minerales, fueron también explotados por capitales extranjeros y merecen estudios desde esta perspectiva; pero por su naturaleza más localizada no podrían equipararse a la huella social y ambiental de los grandes latifundios formados para la producción de azúcar. Por último, se hará una breve referencia al papel de la ciencia y del gobierno ante la gigantesca transformación ecológica de los territorios del este cubano durante el primer cuarto de la República.

1. El Este fuera de la frontera de la plantación

Al arribar el siglo XX los paisajes de buena parte de la mitad oeste de Cuba habían sufrido una intensa deforestación a causa de la expansión de las plantaciones azucareras desde la zona habanera. No quiere decir que los de la mitad este estuvieran intactos, pero el impacto sobre sus zonas boscosas fue hasta entonces mucho menor. Continuaba predominando la ganadería extensiva, donde se combinaban áreas de sabanas con pastos naturales o artificiales y extensos bosques que constituían un recurso indispensable para las haciendas, en especial durante la época de las secas (de noviembre a abril). Al mismo tiempo se desarrollaba una importante explotación maderera con destino al comercio exterior; actividad que no alteraba de forma radical los paisajes boscosos debido a limitaciones tecnológicas o a la práctica de talas más o menos selectivas. Tampoco estuvieron ajenos los territorios del este a la producción azucarera, pero su impacto había sido mucho menor que en el occidente (sobre todo en las actuales provincias La Habana, Matanzas, Cienfuegos y Santa Clara)¹⁴.

La guerra de los Diez Años (1868-1878) profundizaría aún más las diferencias en cuanto al crecimiento azucarero y respecto a los índices de desarrollo económico en general. Con razón el importante historiador y demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva se pudo referir a la existencia en siglo XIX de una Cuba A y una Cuba B, separadas por la frontera de las plantaciones esclavistas¹⁵. Tomando como base las estadísticas de la década de 1860 señalaba, por ejemplo, que la proporción del comercio exterior era en-

¹³ Ramiro Cabrera, "Los recursos naturales de Cuba y sus perspectivas para el capital americano". *Cuba y América*. Vol. 1, núm. 9, Nueva York, 1897, pp. 2-4. Afirma que "ninguna en el círculo agriculturero más atractiva que la explotación de las magníficas maderas de construcción de que están llenos los seculares bosques de la Isla". Su perspectiva, no obstante, se situaba más bien en potenciar las inversiones en los cultivos: "Las cuatro quintas partes de su territorio virgen, que en los cuatrocientos años de la colonización española no han sido todavía roturados y cultivados, invitarán al trabajador y al capitalista americanos con tentadoras perspectivas de segura reproducción."

¹⁴ Hasta el estallido de la Guerra de los Diez Años en 1868 la mayoría de sus fincas azucareras tuvieron una limitada capacidad de producción. Muchos de sus ingenios pasaban de la categoría de trapiche. Las diferencias entre occidente y oriente pueden verse con claridad en Carlos Rebello, *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*, La Habana, 1860.

¹⁵ Juan Pérez de la Riva, "Una Isla con dos historias", *El Barracón y otros ensayos*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1975, pp. 73-89.

tonces el 89.9% en la A y el 10.1% en la B. Mientras en esta última predominaba una economía de autoconsumo junto a la ganadería y un lento crecimiento de la población, la primera podía compararse en ciertos indicadores de progreso, como la extensión de ferrocarriles, a países europeos en plena revolución industrial.

Tras el fin de la guerra en 1878 se instalaron en algunos de los territorios de la Cuba B, como las llanuras de Manzanillo y de Guantánamo o en tierras cercanas a la bahía de Nuevitás, varios de los más modernos ingenios centrales de los inicios de la fase de la concentración azucarera. Pero esto no sería suficiente como para modificar sus características socio-económicas. Esto sólo ocurriría, aunque de manera más deformada, a partir de 1898 y durante el primer cuarto de vida republicana. En tan breve período de tiempo la Cuba B se transformó también en Cuba A, con varios de sus aspectos positivos pero con consecuencias negativas mucho más acentuadas a causa de la escala y rapidez de la irrupción del azúcar.

No se ha insistido lo suficiente, sin embargo, en que la expansión azucarera del primer cuarto del siglo XX hacia Camagüey y Oriente tuvo en la existencia de abundantes zonas boscosas una de sus claves. En este sentido no hizo más que continuar con la misma lógica del avance plantacionista en las regiones naturales desde la región habanera hasta el centro de la Isla. Igual que en épocas pasadas, eran garantía de mayor cantidad de caña por extensión de tierras cultivadas —al menos durante varios años después de los desmontes— y una vía para obtener a bajo costo maderas de construcción, traviesas y leña, para su uso en la infraestructura requerida por los grandes centrales o como combustible suplementario. Asimismo brindaba la posibilidad de conseguir tempranas ganancias a través del comercio de maderas.

De acuerdo con los datos del censo de 1899 las provincias de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba reunían el 70,5% de los bosques altos y el 64,3% de los bosques bajos del total de bosques en fincas de toda la isla. Como en otras regiones de llanuras, eran en su mayor parte bosques semicaducifolios y sus variantes de bosques con humedad fluctuante y costeros y subcosteros, así como bosques siempreverdes¹⁶. Para una caracterización de la riqueza forestal de ambas provincias se pueden tomar los datos que ofrece el censo de 1919¹⁷. En Camagüey el promedio de árboles en los montes altos de fincas cercanas a las costas se estimaba, por cada caballería, en 300 troncos de caoba, 50 de cedro, 50 de yaba, 100 de ocuje, 100 de baria, 200 de júcaro, 50 de sabicú, 100 de jiquí y 50 de otras maderas. En total mil troncos de madera útil de todas clases, con una dimensión que oscilaba entre 200 y 500 pies de tabla. Para los montes del interior el promedio de árboles por caballería era de 300 de cedro, 50 de caoba, 100 de yaba, 100 de baria, 100 de ocuje, 50 de sabicú, 50 de jiquí y 150 de otras maderas; en total 900 troncos útiles. De acuerdo a estas cifras, los bosques de Camagüey producían entre 200.000 y 500.000 pies de tablas en bosques cerca de la costa y entre 180.000 a 480.000 pies en los del interior. El promedio de leña por caballería alcanzaba unas mil cuerdas de 128 pies cúbicos.

Para la provincia de Oriente se calculaba un promedio por caballería de hasta 20.000 pies de cedro o caoba, fuese el monte abundante en una u otra especie y hasta 50.000 pies

¹⁶ Enrique del Risco Rodríguez, op.cit. y *Nuevo Atlas Nacional de Cuba*, 1989, mapa con el estimado de vegetación en el siglo XVI, elaborado por Del Risco Rodríguez.

¹⁷ *Censo de la República de Cuba*. Año 1919, pp. 65-71.

en otras maderas duras como el jiquí, almiquí y yaba, aunque se estimaba una producción media de 25.000 pies. En cuanto a la producción de leña, se obtenían por caballería de 2.000 a 2.500 Tm, según fuera abundante el monte en maderas blandas o de corazón. Esta relación de las especies forestales que poblaban los bosques camagüeyanos y orientales antes de la gran invasión del azúcar indica la necesidad de reevaluar las transformaciones económicas, sociales y ambientales de esta etapa no sólo a partir de la gran riqueza creada por la acción humana sino profundizando aun más en los fundamentos naturales que lo hicieron posible.

2. El renacer azucarero de Cuba y los bosques, 1899-1914

Entre los cambios que distinguen el período iniciado en 1898 sobresale el arribo masivo de las inversiones de capitalistas norteamericanos, ubicados sobre todo en el sector azucarero y que en pocos años se convirtieron también en los principales productores. De acuerdo con Ramiro Guerra las facilidades extraordinarias concedidas para la afluencia de capital extranjero terminaron por abrir el país a la acción sin trabas de la empresa capitalista, "libre de las cortapisas que tenía en los mismos Estados Unidos"¹⁸. Gracias a estas facilidades y a la adopción de una agricultura industrializada en una escala sin precedentes se produjo lo que Richard P. Tucker denomina como el primer florecimiento del imperialismo ecológico americano¹⁹.

Las abundantes zonas boscosas en la mitad este de Cuba fueron vistas a fines del XIX como uno de los recursos más atractivos para los inversionistas, como muestran los libros que aparecieron entonces dando a conocer al público estadounidense las características y recursos de Cuba. Las obras publicadas entre 1898 y 1902 por autores como Robert P. Porter, Albert J. Norton, Robert T. Hill, William J. Clark, entre otros, incluyeron en todos los casos estimaciones sobre extensión de bosques, así como datos sobre el comercio de maderas desde Cuba hacia los Estados Unidos²⁰. Además de citar los puntos que exportaban maderas al mercado norteamericano antes del estallido de la guerra en 1895 (en especial cedro y caoba), se auguraba que con la creación de facilidades para el transporte el crecimiento de este comercio podría llegar a ser enorme²¹.

A pesar de esas expectativas, la mirada a los extensos bosques centro orientales a partir de 1898 tuvo que ver mucho menos con los productos forestales que con las nue-

¹⁸ Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, [1927], 1970, pp. 87-110. Menciona la Ley Sherman contra los trusts, "y todo un conjunto de disposiciones encaminadas a mantener un prudente equilibrio entre las diversas fuerzas propulsoras del desarrollo industrial, financiero y mercantil".

¹⁹ Richard P. Tucker, *Insatiable Appetite...*, op.cit., pp. 15-50.

²⁰ Por ejemplo: Albert J. Norton, *Norton's complete hand book of Havana and Cuba*, Chicago and New York, Mc Nally- Rand Company Publishers, 1900. Robert T. Hill, *Cuba and Porto Rico, with the others islands of The West Indies...*, New York, The Century Co, 1898. William Jared Clark, *Commercial Cuba; a book for business men...*, New York, C. Scribner Sons, 1898. Robert P. Porter, *Industrial Cuba...*, New York and London, G.P. Putnam's Sons, 1899. En general partían de la existencia de entre 13 y 15 millones de acres cubiertos de bosque, o sea entre 5.306.122 y 6.122.448 hectáreas, cifra ofrecida por P. Porter, op.cit., pp. 337-350.

²¹ William Jared Clark, *Commercial Cuba; a book for business men*, p. 455.

vas posibilidades de expansión azucarera. Desde bien temprano comienza la compra de miles de caballerías de terrenos boscosos para construir grandes centrales, aprovechando las ventajas naturales, políticas, económicas y comerciales que brindaba Cuba por encima del resto de las zonas productoras y en función de la demanda de las refinadoras norteamericanas. En 1899 el hispano norteamericano Manuel Rionda, dueño del ingenio central Tuinicú desde 1893, adquirió junto a otros intereses norteamericanos un total de 2.000 caballerías en la zona de Santa Cruz del Sur, en la Provincia de Puerto Príncipe, donde se fundaría en 1901 el central Francisco. Se trataba de una zona de abundantes bosques, a la cabeza de la exportación de maderas en el país²². Todavía en 1913 se consignaba que este central, con 399 caballerías de caña y otras 100 dedicadas a potreros, poseía 500 caballerías de montes junto a otras 539 sin especificar.

Durante la primera intervención norteamericana tuvo lugar también la compra de tierras para establecer grandes centrales en torno a varias de las principales bahías de la costa norte oriental, rodeadas de abundantes bosques y con excelentes condiciones para una rápida comercialización. Alrededor de la Bahía de Nipe fueron compradas 6.000 caballerías de tierras, al irrisorio precio promedio de 31 pesos, donde en 1901 el central Boston daba inicio a sus zafras. En 1904 se establecía en la misma región el central Preston. En el área de otra de las bahías orientales, la de Puerto Padre, se fundaba en 1901 el central Chaparra y una década más tarde, en 1911, el Delicias. Un año después, en 1912, se erigía otro nuevo central en la zona del puerto de Manatí. En 1913 todas estas fincas azucareras aparecían con considerables extensiones de bosque como parte del total de sus tierras²³. Por ejemplo, el Chaparra, con 2.663 caballerías de tierras negras y mulatas, contaba ese año con 947 sembradas de caña, 500 de potreros y 1.216 de bosques. El Manatí, a un año de fundado, tenía 180 caballerías de caña y 100 de potreros, junto a otras 1.320 de montes y sabanas²⁴.

Los bosques continuaban siendo un recurso de gran utilidad para los primeros tiempos de la inversión. Aportaban importantes cantidades de maderas de construcción para las viviendas y otras instalaciones fabriles, así como para los ferrocarriles dedicados al transporte de la caña, en especial como traviesas, y para los muelles del servicio particular de las fincas. Al mismo tiempo podían quedar remanentes para el comercio y suministrar parte del combustible en forma de leña. Por ejemplo, los ocho centrales existentes en 1914 en la provincia de Camagüey consumieron como promedio 8.648 Tm de leña,

²² Rafael Pera y Peralta. *Ensayo geográfico e histórico del término municipal de Santa Cruz del Sur*, La Habana, Imp. y Papelería La Americana, 1913.

²³ La información para estos ingenios-centrales entre los años 1912 a 1914 es tomada del *Portfolio azucarero. Industria azucarera de Cuba, 1912-1914*, La Habana, Librería e Imprenta La Moderna Poesía, 1914.

²⁴ Mark J. Smith. "The political economy of sugar production and the environment of eastern Cuba, 1898-1923", op.cit., p. 31-48. Este estudio muestra claramente la abundancia de bosques en la zona, descrita en documentos de la época como una sólida jungla en la que el sol no llegaba al suelo y con valiosas maderas duras como la caoba y el cedro. También destaca su importante papel para proveer al suelo de materia orgánica en contraste con la deficiencia de nutrientes característica de las áreas de sabanas. Precisamente los rendimientos de los cañaverales del Manatí en 1913 se situaban en el asombroso rango de 70.000 y 180.000 arrobas por caballería como valores mínimo y máximo.

para lo cual se necesitaban alrededor de diez caballerías de bosque según los estimados de producción de leña del censo de 1919²⁵.

La existencia de bosques en las nuevas zonas azucareras entre 1898 y 1914 fue común en el grupo de centrales establecidos en el interior de las provincias de Camagüey y Oriente, contiguos a las redes ferrocarrileras existentes entonces. Entre estas se destacaban el otrora Ferrocarril de la trocha de Júcaro a Morón y de manera especial las líneas del Ferrocarril Central, inaugurado en diciembre de 1902 tras la unión de las ciudades de Santa Clara y Santiago de Cuba. En pocos años esta compañía aportaría una red de 935,6 kilómetros, destinados a sacar del aislamiento a extensos territorios a través de la explotación de sus valiosos recursos naturales²⁶. La red de ferrocarriles públicos y sobre todo las redes privadas establecidas por los mismos centrales azucareros representaron una vez más los tentáculos o venas que permitieron llegar hasta los lugares más remotos en busca de la tan deseada fertilidad de las tumbas y formar los gigantescos latifundios destinados a abastecer de caña a los colosos industriales. Luego de unos pocos años sin obtener grandes beneficios económicos, las líneas del Ferrocarril central, bajo la denominación Cuban Railroad Company se convirtieron en la pieza indispensable del nuevo auge azucarero²⁷. La misma empresa fomentaba en sus paralelas dos grandes centrales, el Jatibonico y el Jobabo, que iniciaron sus respectivas zafra en 1906 y 1911²⁸.

Hasta el estallido de la primera guerra mundial fueron pocos los centrales contiguos a las líneas del Ferrocarril Central. En el tramo de Bayamo a Manzanillo se estableció el Río Cauto, cuya primera zafra fue en 1913. Sus 1.000 caballerías de tierra se dividían en 30 sembradas de caña, 470 de potreros y 500 de monte. Otros dos fueron fundados en la provincia de Camagüey, donde la antigua línea de la trocha de Júcaro a Morón había propiciado un área de temprana expansión, conectada con el Ferrocarril Central en el entronque de la ciudad de Ciego de Avila.

La producción promedio de los 186 ingenios centrales existentes en toda la isla en 1907 fue de 7.949 Tm de azúcar en 131 caballerías; para subir en 1913 a 14.249 Tm en 176 fábricas y 267 caballerías. Poco después, ya en plena guerra mundial, los 192 centrales en producción en 1919 contaban como promedio con 346.7 caballerías sembradas de caña para obtener una media de 19.455 Tm de azúcar²⁹. Pero estas cifras podrían no

²⁵ Datos del **Portfolio azucarero, 1914 y Censo de 1919**.

²⁶ El encargado de llevar a la práctica este antiguo proyecto fue el afamado constructor de la Canadian Pacific, Sir William Van Horne, quien en 1900 constituyó para ese fin la *Cuba Company*. Los detalles de la relación con el azúcar de estos ferrocarriles y otros que se construyeron más tarde en la mitad oriental en la obra citada de O. Zannetti y A. García, **Caminos para el azúcar**, op.cit., pp. 209-227.

²⁷ *Ibid.*, p. 226. La empresa tuvo entre sus inversiones iniciales cortes de maderas y aserraderos.

²⁸ El primero se encontraba en los límites de la provincia de Camagüey con la de Santa Clara y el segundo mucho más al este, con su instalación industrial en la de Oriente y parte de sus tierras en Camagüey. La localización geográfica determinaba en parte la diferencia en cuanto a la cantidad de bosques que poseían hacia 1913. Mientras en el Jatibonico no se mencionaba su existencia (526 caballerías de caña y 100 de potreros), en el caso del Jobabo se consignaban 107 caballerías sembradas de caña, 200 de potreros y 2.500 de montes.

²⁹ Para 1907: **Censo de la República de Cuba. Bajo la administración provisional de los Estados Unidos**, 1907, Oficina del Censo de los Estados Unidos, Washington, 1908; para 1913: Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, **Portfolio azucarero. Industria azucarera de Cuba, 1912-1914**; y para 1919: **Censo de la República de Cuba, año de 1919**, La Habana, Maza, Arroyo y Caso Impresores, 1919.

decir mucho sobre el verdadero impacto de la expansión azucarera de estos años, si no se tiene en cuenta la diferencia del caso de Camagüey y Oriente con las restantes provincias. De un 20% del total nacional de azúcar producida en 1904 ambas pasaron a un 35% al inicio de la guerra mundial y al 60% en 1929. Tan rápido crecimiento se debió al aumento de la capacidad de producción, que dio lugar a los llamados "ingenios colosos". En un estudio de la década de 1940 se incluían dentro de esa categoría un total de 27 centrales, de los cuales quince se localizaban en Camagüey y doce en Oriente³⁰. Con el objetivo de satisfacer la capacidad de molienda de estas fábricas se conformaron gigantescos latifundios bajo el control del Central, cuyas redes ferroviarias privadas hacían posible la llegada de la materia prima dentro del límite de tiempo que exigía la caña. Al respecto escribió Fernando Ortiz:

El gran molino y el gran ferrocarril han crecido juntos y ambos han hecho necesaria la mayor plantación y de ahí la exigencia de más extensas fincas para los cañaverales. Este fenómeno fue el que produjo la ocupación de muchas tierras vírgenes sobre todo en las provincias de Camagüey y Oriente, y el desplazamiento del centro agrario de Cuba. Estas ciclópeas maquinarias y estos enormes tentáculos ferroviarios, que han convertido a los ingenios en monstruosos pulpos de hierro, han ido exigiendo tierras y más tierras para satisfacer la voracidad implacable de los grandes trapiches con cañaverales, potrereros y montes.³¹

Las estadísticas de esos llamados ingenios colosos ofrecen una idea clara de la diferencia de la nueva expansión azucarera con la de etapas anteriores. (Tabla 1) La suma en cada una de las provincias indicadas abarcaba más kilómetros de ferrocarriles que todos los existentes en Cuba antes de 1898, mientras que por separado la producción de más de un millón de toneladas de azúcar en tan sólo quince o doce unidades igualaba lo logrado a fines del siglo XIX por unas 400 fábricas de azúcar. Asimismo, la cantidad de tierras controladas por esos colosos, por poner otro ejemplo, sobrepasaba ampliamente a la que tenían en toda la isla los 1.365 ingenios existentes en 1860 (59.425 caballerías en total).

Esas gigantescas fábricas de azúcar dominando miles de caballerías de tierras representan el triunfo de la industrialización contra el que se mostraban serias reservas a mediados del siglo XIX³². Las modernas tecnologías lograron duplicar y hasta triplicar los rendimientos en la elaboración de azúcar y redujeron notablemente los costos de producción. En términos económicos podría hablarse de una mayor eficiencia, sobre todo en el sector industrial. Esto no habría sido posible sin los factores políticos y económicos mencionados antes, que crearon un "marco institucional" adecuado para atraer las

³⁰ El término de "ingenios colosos" es empleado por L. V. de Abad, *Azúcar y caña de azúcar. Ensayo de orientación cubana*. La Habana, Ed. Mercantil Cubana, 1945. Capítulo XVIII, pp. 391-428.

³¹ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales [1940] 1983, p. 44.

³² Reinaldo Funes Monzote, "Tierras cansadas y quemadores de bagazo verde. La interacción con el medio natural y los cambios en la industria azucarera cubana desde mediados del siglo XIX", en José A. Piqueras (comp.), *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 186-213.

grandes inversiones de capital norteamericano hacia el negocio azucarero y desatar su potencialidad productiva al máximo³³.

Tabla 1: Centrales "colosos" en Camagüey y Oriente.

Provincia	Centrales colosos	Producción mayor (Tm)	Tierras propias o controladas	Promedio tierras	Ferrocarriles propios	Promedio Ferrocarril
Camagüey	15	1.231.233	43.573 cab	2.904 cab	2.358 Km	157,2 Km
Oriente	12	1.070.937	45.160 cab	3.763 cab	2.467 Km	205,6 Km

Fuente: L. V de Abad, *Azúcar y caña de azúcar. Ensayo de orientación cubana*, La Habana, Ed. Mercantil Cubana, 1945. Toma como referencia la zafra máxima, correspondiente en todos los casos al período de 1922 a 1929.

Los grandes colosos azucareros, sin embargo, tuvieron un éxito relativo de acuerdo a varios autores contemporáneos. El aumento en la escala de la producción provocó que se agravaran muchos de los viejos problemas generados por el avance del azúcar en suelo cubano. Por ejemplo, respecto al tiempo de molienda de los citados 27 colosos Luis V. de Abad concluía: "De modo que esas grandes plantas y esa red de ferrocarriles que cruzó sobre una extensión de tierras, en conjunto, más grande que la isla de Puerto Rico sólo prestan servicios en una sexta parte del año!"³⁴. Junto al llamado "tiempo muerto", se pueden mencionar otras graves consecuencias, como la agudización de la tradicional escasez de alimentos de subsistencia paralela a la destrucción de la pequeña y mediana propiedad o bien a su dedicación exclusiva al cultivo de la caña. Como indicara Ramiro Guerra el latifundismo redujo a Cuba a un "inmenso campo de producción de azúcar a bajo precio"³⁵.

En un libro de 1915 un viajero describía el reparto de parcelas de "extensos campos de tierras vírgenes", propiedad del central Jobabo, para la siembra de caña y auguraba: "De Manatí a Jobabo hay alguna distancia, pero con el tiempo se-unirán las plantaciones de cañaverales a través del monte". Un panorama similar pudo observar en otras zonas de Oriente invadidas por los latifundios azucareros. Por entonces la primera guerra mun-

³³ Allan Dye, *Cuban sugar in the Age of Mass Production: Technology and the Economics of Cuban Sugar Central*, Nueva York, Stanford University Press, 1998; Antonio Santamaría, *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana (1919-1939)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC)-Universidad de Sevilla-Diputación de Sevilla, 2001. Explican las razones por las cuales el flujo inversionista se dirigió con preferencia a las provincias de Camagüey y Oriente, donde era más fácil acceder a la propiedad sobre grandes extensiones de tierra, establecer redes ferroviarias propias y ejercer mayor control sobre los cultivadores.

³⁴ Luis V. de Abad, *Azúcar y caña de azúcar*, op.cit., p. 406. Afirma que en general los colosos fueron un fracaso financiero y que en los últimos veinte años (décadas de 1920 y 1930) rara vez habían dejado utilidades.

³⁵ Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, op.cit., pp. 87-92.

dial estaba en marcha, lo que le llevó a reflexionar tras una visita a las plantaciones que circundaban la bahía de Nipe:

Desde Antilla [...] se domina la anchurosa Bahía de Nipe y una gran planicie verde, que no es otra cosa que cañaverales en producción. Las chimeneas del Central Preston son como los gallardos dominadores de los campos de caña. La bahía va a ser encerrada entre cañaverales, el monte se ve acosado por los cañaverales, las poblaciones van a verse sitiadas por cañaverales. ¡Oh, año famoso, Dios quiera que de ningún modo los cálculos de riqueza se vean fallidos! Pero, ¿qué comeremos?³⁶

3. La primera guerra mundial y la devastación de los bosques del este, 1914-1926

La caída de la producción de azúcar de remolacha en Europa a raíz del estallido de la primera guerra mundial desató en Cuba una gran fiebre azucarera. De 2.244.500 Tm en la zafra de 1914 la fabricación subió hasta 4.104.100 Tm en 1919 y 5.200.800 Tm en 1925. La proporción del azúcar cubano dentro del total mundial se elevó del 14% en 1914 al 26% en 1919. El momento cumbre de este salto azucarero, de mediados de 1918 a mediados de 1920, ha pasado a la historia como "la danza de los millones" o "las vacas gordas"³⁷. Entre 1915 y 1919 se inauguraron 34 centrales en Cuba y de 1920 a 1926 otros 16, lo que hace un total de 50, el doble de los construidos entre 1900 y 1915, en su inmensa mayoría en Camagüey y Oriente. Gracias a este salto en 1920 un artículo publicado en *The National Geographic Magazine* afirmaba que Cuba era "El Dorado" del mundo y el azúcar su Rey, con la que se podían construir dos pirámides como la de Cheops³⁸.

Los altos precios durante el conflicto y los años inmediatos de la posguerra y la necesidad de aumentar con rapidez la producción del dulce atrajeron como nunca antes la atención del capital financiero norteamericano³⁹. César Ayala resalta que en 1924 el área del Caribe y en especial Cuba eran las de mayor concentración de las inversiones de Estados Unidos en todo el planeta en cuanto a extensión territorial y población, representando un 63% del total de las correspondientes a negocios agrícolas⁴⁰. Este gran aporte de capitales se dirigió tanto a la erección de nuevas y cada vez más potentes fábricas como a la ampliación de la capacidad de otras ya instaladas, así como a la

³⁶ Carlos Martí, *Films Cubanos, Oriente y Occidente. La República será agrícola o no será*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1915, pp. 74-75.

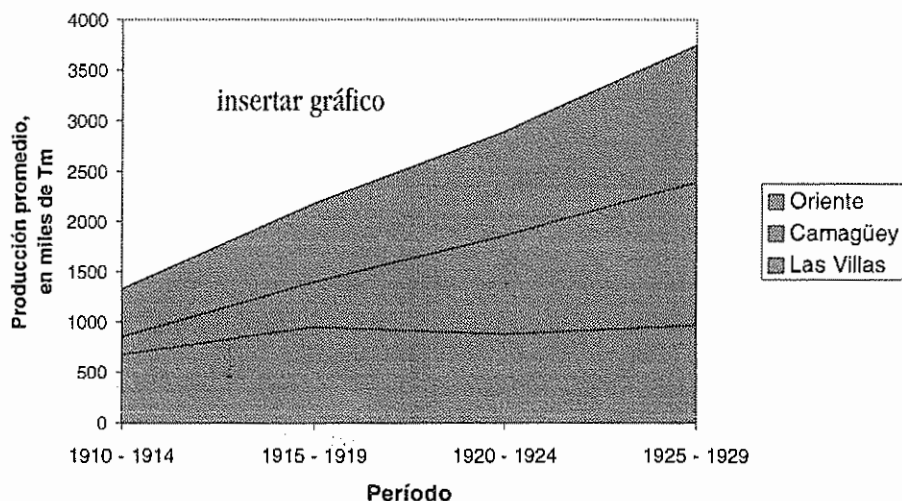
³⁷ De acuerdo con Leland H. Jenks la orgía especulativa de los dos primeros años de la posguerra no fue en ningún lugar más intensa que en Cuba, de forma paralela a las fluctuaciones del mercado azucarero. Ver: *Nuestra colonia de Cuba*, op.cit., p. 199.

³⁸ William Joseph Showalter, "Cuba. The sugar mills of the Antilles", *The National Geographic Magazine*, vol. 38, julio de 1920, p. 24.

³⁹ Oscar Pino Santos, *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1977.

⁴⁰ César Ayala, *American Sugar Kingdom*, op.cit., pp. 77-78. De las inversiones de Estados Unidos en 1924 las correspondientes al Caribe (1.103 millones de dólares) estaban cerca de las existentes en toda Sudamérica (1.411 millones) y por encima a las de México (1.005 millones), que en 1897 le superaba en cuatro veces. Asimismo, constituían casi el doble de las inversiones en Asia. Canadá ocupaba el primer lugar, con 2.631 millones de dólares.

Producción de azúcar en Las Villas, Camagüey y Oriente, 1910-1929.



Fuente: Luis V. de Abad, *Azúcar y caña de azúcar*, op.cit.

adquisición de extensos territorios y la multiplicación de los ferrocarriles privados para garantizar la caña requerida.

La coyuntura creada por la caída de la producción europea y el alza de los precios a raíz de la guerra mundial condujo a la conquista definitiva de las tierras vírgenes de Camagüey y Oriente para la producción de azúcar. El gráfico siguiente muestra el crecimiento azucarero entre 1910 y 1929 en las tres principales provincias productoras. Aunque en los tres casos se produjo un incremento proporcional en el período 1915 a 1919, todavía la provincia de las Villas, con mayor número de centrales, se ubicaba en primer lugar. Pero se trataba del máximo de sus posibilidades, para ser superada pronto como consecuencia del aumento de la capacidad productiva durante los años de guerra y en la primera mitad de la década de 1920.

El caso más espectacular fue el de Camagüey, que de un 2,7% de la producción azucarera cubana en 1900 pasó al 10,5% en 1914 y al 30,4% en 1929, ubicándose en el primer lugar entre las provincias de la isla. Esto se debió tanto a la ampliación de la capacidad de las fábricas ya instaladas, nueve antes de 1914, como a la construcción de otras nuevas, un total de 21, incluyendo varias de las denominadas "colosos". La mayor parte de estas fábricas se ubicaron en zonas con abundantes bosques, como ocurrió con las construidas en las extensas llanuras del norte de la provincia, que al mismo tiempo se vieron atravesadas por el llamado Ferrocarril del Norte de Cuba. Esta nueva red ferroviaria daría servicio a varios centrales anteriores a 1914 como Senado, Lugareño y Morón, así como a los establecidos en la zona después de esa fecha, Velazco, Violeta y Cunagua y Jaronú, ambos pertenecientes a la misma compañía y con más de 10.000 caballerías de tierra bajo su control. El Jaronú, que inauguró sus zafras en 1921, se convirtió poco

después en la mayor fábrica azucarera del mundo, con una capacidad de molienda de un millón de arrobas de azúcar diarias⁴¹.

En el caso de la provincia de Oriente la mayoría de las fábricas posteriores a 1914 se instalaron en las inmediaciones de las líneas del Ferrocarril Central, con excepción del Central Tánamo, fundado en torno a la bahía de igual nombre. Esta fue la etapa de la irrupción azucarera en gran escala en las llanuras de la cuenca del río Cauto y las llanuras y alturas de Banes y Cacocun y de Maniabón. Al igual que en Camagüey la guerra impulsó la ocupación de los territorios del interior, con el indispensable auxilio de la infraestructura ferroviaria. Escribía Jenks sobre la repercusión de la coyuntura bélica en ambas provincias: "Pocos bosques se libraron de la tala. Durante varios meses, cuadrillas enteras de leñadores se dedicaron a su labor destructora. Luego se prendió fuego a los árboles que quedaban, produciéndose una conflagración simultánea en varios miles de hectáreas". De acuerdo con el mismo autor la parte agrícola era tan lucrativa que "se hicieron contratos con cláusulas mucho más favorables para la central de lo que era costumbre en otras regiones más estables de Cuba"⁴².

Hacer una evaluación exacta de la cantidad de bosques aniquilados para dar paso al azúcar en las dos primeras décadas del siglo XX demanda estudios más específicos caso por caso y territorialmente. Aparte de los numerosos testimonios de la época, se puede mencionar la caída casi definitiva del comercio exterior de las famosas maderas cubanas. De 10.459.050 pies cúbicos de cedro y 10.254.902 pies cúbicos de caoba exportadas en 1914 descendió hasta 561.000 pies cúbicos de cedro y 161.000 pies cúbicos de caoba, de acuerdo con los registros del censo de 1919. Al mismo tiempo la extracción de ambas maderas se redujo a la mitad o menos. Sólo producciones como las de traviesas y postes de telégrafo se mantuvieron estables o se incrementaron en el mismo período, al igual que la registrada como "otras maderas"⁴³. Luego de la gran deforestación impulsada por la guerra la importancia de las maderas cubanas en los mercados de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y otras naciones europeas languideció definitivamente. Estadísticas forestales de años posteriores reflejan cómo la extracción de cedro y caoba apenas representaba cerca del 10% de la que se hacía hacia 1914⁴⁴.

Toda esta escalada de transformación de bosques en campos de caña, sin embargo, rindió frutos muy relativos en comparación con la inmensa riqueza destruida y el daño ocasionado a los ecosistemas de Cuba. A mediados de 1920 los precios del azúcar en el mercado mundial comenzaron a caer abruptamente y de esta forma la época de "las vacas gordas" cedió lugar a la etapa conocida en contraste como de "las vacas flacas".

⁴¹ Reinaldo Funes Monzote, "La conquista de Camagüey por el azúcar, 1898-1926. El impacto ambiental de un milagro económico", *Tiempos de América*, núm. 8, 2001, pp. 3-28.

⁴² Leland H. Jenks, op.cit., p. 178.

⁴³ De promedios anuales entre uno y tres millones de pies del rubro "otras maderas" subió a 10.921.000 pies en 1918. **Censo de la República de Cuba, año de 1919**, pp. 67-71.

⁴⁴ En el primer semestre de 1928 se reportó la salida de 415.063 pies de cedro, cifra muy distante a los más de 10.000.000 de pies de 1914. Otras maderas llegaron casi a desaparecer o desaparecieron por completo de los registros: el sabicú llegó a un tope en 1918 de 2.653.350 pies y produjo apenas 20 bolos en 1933, mientras que la yaba y el ácana, que en varios años entre 1914 y 1919 superaban los 200.000 pies, no aparecían en la estadística de 1933. Juan T. Roig, *El cedro. Estudio botánico y agrícola*, Secretaría de Agricultura y Comercio, Estación Experimental Agronómica de Santiago de las Vegas, Circular n° 79, 1935.

Una de las consecuencias de este proceso fue la consolidación del dominio de las empresas norteamericanas sobre la producción del azúcar cubano. Señalaba Jenks que en 1913 producían alrededor del 35% del total, pero que en la cosecha de 1926-1927 los molinos norteamericanos alcanzaron el 62,5% del total, a lo que había que sumar un 8% de los clasificados como cubano-yanquis y un 4% de los canadienses. Esto era posible gracias a poseer en propiedad o arrendamiento no menos de 2.540.000 hectáreas de tierras (189.552 caballerías), equivalente a más de 22% de la superficie insular, además de 6.400 kilómetros de ferrocarril para el servicio de sus centrales.

Tras la prosperidad transitoria gracias a la coyuntura de la guerra, los problemas históricos generados por el avance azucarero llegaron a su mayor expresión. Y a diferencia del auge azucarero de épocas pasadas, cuando la mayor parte de las fincas azucareras pertenecían a propietarios criollos o extranjeros afincados en la isla, el país había quedado convertido en "un gran latifundio gobernado y administrado por propietarios ausentes". Las grandes inversiones en el azúcar transformaron la vida de extensas regiones a las que llevaron los símbolos de la modernidad como los ferrocarriles o la luz eléctrica y en muchos casos contribuyeron a mejorar las condiciones de vida de los cubanos y en parte de las mismas poblaciones rurales, si bien de un modo muy efímero para muchos. Pero al mismo tiempo destruyó su independencia económica y aumentó la vulnerabilidad a los vaivenes del mercado. Al respecto concluía Jenks: "El problema de Cuba simboliza concretamente la lucha moderna del individuo, de la idiosincrasia local, de la confianza en sí mismo, contra el proceso de uniformidad mundial". Y a continuación preguntaba: "¿Qué papel le quedará a la democracia en una sociedad completamente industrializada? Si la libertad cubana resulta al fin ilusoria, ¿dónde estará segura la libertad?"⁴⁵.

4. Ciencia y gobierno ante el avance de la deforestación en Camagüey y Oriente

La necesidad de maderas preciosas y de construcción o de combustibles tuvo en verdad una pequeña parte en la destrucción de los grandes bosques del este cubano para dejar paso al avance del azúcar. Más que los recursos forestales en sí, lo que importaba era aprovechar la gran fertilidad de las siembras en tumbas para garantizar los altos rendimientos cañeros (aparte de la circunstancia de que fueran tierras donde era mucho más fácil imponer un régimen de explotación agroindustrial acorde con los requerimientos de las economías de escala). En este sentido, al igual que en el siglo XIX, los científicos de la época abogaron por la impostergable transformación de la secular práctica de sembrar en terrenos boscosos por parte de los productores azucareros en Cuba⁴⁶. Estudios sobre la agricultura y los suelos en las primeras tres décadas del siglo XX ilustran perfectamente la subsistencia y los perjuicios de la continuación de dicho sistema. Acerca de la diferencia entre la mitad occidental y oriental de la isla, J.T. Crawley, entonces

⁴⁵ Leland H. Jenks, *Nuestra colonia de Cuba*, op.cit., p. 280.

⁴⁶ Acerca de las implicaciones de los científicos y la expansión de la agricultura comercial se pueden consultar los estudios recientes de Stuart Mc Cook, op.cit.; Leida Fernández, "Azúcar y ciencia en Cuba: 1878-1898", *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, Morelia, pp. 29-54; y Rolando Misas, "La ciencia agrícola en Cuba. Nacionalismo y modernidad (1898-1909)", en Mildred de la Torre et al., *La sociedad cubana en los albores de la República*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 2002, pp. 283-321.

Director de la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas, comentaba en 1917: "Las tierras vírgenes de Camagüey y Oriente pueden producir caña de azúcar por 15 años o más, sin arar, sin replantar y sin fertilizar, pero las tierras de Santa Clara, Matanzas y La Habana, rinden por regla general sólo cinco cosechas más o menos, necesitándose después hacer en ellas replantaciones"⁴⁷.

Las advertencias de los científicos intentaron llamar la atención sobre los problemas que las siembras en tumbas ocasionaban a largo plazo y buscaban la mejora de los métodos de cultivo en su relación con los distintos tipos de suelos, como lo venían intentando desde mucho antes figuras de la ciencia como el químico y agrónomo Alvaro Reynoso, autor del célebre Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar (1862). También a inicios del siglo XX propuestas como la del llamado sistema Zayas perseguían la mejora del cultivo cañero en lugar de la ancestral costumbre de abandonar las denominadas "tierras cansadas"⁴⁸. El primer Director de la Estación de Santiago de las Vegas, el también norteamericano F.S. Earle indicaba en un escrito de 1905: "Casi todos los ingenios viejos de la Isla se hallan rodeados de miles de acres de esta clase de terrenos que permanecen inútiles mientras que tienen que traer la caña cada día de puntos muy distantes"⁴⁹.

Esos llamados de atención resultaron fútiles mientras hubo bosques para tumbiar y aprovechar su fertilidad natural, o por lo menos tuvieron una incidencia secundaria a pesar de los visibles efectos adversos en buena parte de la geografía insular. En todas las referencias de la época sobre el auge azucarero posterior a 1898 y en especial a raíz de la primera guerra mundial, se mencionaba la ventaja de Cuba por los altos rendimientos y la posibilidad de obtener cosechas durante varios años sin necesidad de hacer resiembras. Visitantes describían suelos sin rival en otra parte del mundo, que proporcionaban una enorme ventaja sobre los competidores, como señalaba en 1906 A. D. Hall en su libro *Cuba. It's past, present, and future*⁵⁰. Años más tarde, en 1920, *The National Geographic Magazine* aseguraba que Cuba aventajaba a cualquier otro país en la producción de azúcar debido a que los demás tenían que plantar cada dos años y algunos cada año, mientras que en Cuba el promedio era de una vez cada siete o doce años⁵¹.

A pesar de visiones tan optimistas como ingenuas, el impacto del crecimiento azucarero de estos años sobre los bosques de Camagüey y Oriente motivó una creciente preocupación por parte de muchos científicos. En 1918 el destacado botánico Juan To-

⁴⁷ J.T. Crawley, "El cultivo de la caña de azúcar en Cuba", *Boletín*, n° 35, Estación Experimental Agronómica, febrero de 1917, p. 24. Describía que por regla general la tierra virgen de Cuba estaba densamente arbolada y que para la siembra se cortaban los árboles, que se apilaban para su quema. Si había maderas de valor y si los terrenos desmontados estaban cercanos al ferrocarril se vendían para postes de cercas, traviesas u otros usos, "pero en ningún caso se hace intento para conservar las maderas, que se queman todas con los árboles pequeños, gajos y hojas".

⁴⁸ Francisco Zayas, *Política agrícola de la República. Nuevo método de siembras y cultivo de la caña de azúcar*, por el Dr. Francisco Zayas, socio de mérito y Presidente de honor de la Liga Agraria de la República de Cuba. La Habana, Imp. La Prueba, 1904.

⁴⁹ F.S. Earle, "La caña de azúcar", *Boletín*, n° 2, Estación Central Agronómica de Cuba, julio de 1905, Santiago de las Vegas.

⁵⁰ A. D. Hall, *Cuba. It's past, present and future*, New York, Street & Smith Publishers, 1906, pp. 154-156.

⁵¹ William Joseph Showalter, "Cuba. The sugar mills of the Antilles", *The National Geographic Magazine*, vol. 38, julio de 1920, p. 24.

más Roig advertía: "El que haya recorrido esas provincias hace diez años y las visite de nuevo ahora, no podrá menos de sentirse alarmado ante la rapidísima desaparición de aquellos magníficos bosques que antes se contemplaban en todas direcciones y que hoy han sido sustituidos por cañaverales o potreros". Auguraba que de continuar la tala con igual intensidad en unos diez años no quedarían bosques en ninguna región, salvo en "los lugares inaccesibles o en zonas que, como la de Baracoa, no tienen ferrocarriles y a donde el furor azucarero no ha llegado todavía"⁵².

Roig no se mostraba contrario a la tala de bosques para la siembra de cañaverales o de cualquier otra planta, pues significaba "progreso y bienestar para el país". Pero si bien era indispensable para abrir nuevas zonas de cultivo, también constituía una gran imprudencia "destruir de un solo golpe toda la riqueza forestal en todo el país". Para la necesaria conservación de los bosques pedía tener en cuenta no sólo las necesidades de combustible y de maderas de construcción, sino la influencia de éstos en el clima, el régimen de lluvias y la protección a los terrenos de la erosión. Al respecto indicaba que lo que no podían ver los propietarios de las fincas, "atentos sólo a su interés particular e inmediato", debía ser objeto de atención de gobiernos previsores, "obligados a velar por el porvenir de la agricultura patria"⁵³.

Reclamos como el de Juan Tomás Roig, sin embargo, tropezaban con la realidad de que el Estado tenía jurisdicción directa sobre un área muy reducida de la isla. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, incluso, la situación se había agravado. En un editorial de la Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo de noviembre de 1920 acerca de la gran deforestación en los años de la guerra mundial, se exponía: "En Cuba se carece de leyes modernas que protejan la riqueza forestal. Cada propietario de finca se considera dueño absoluto y eterno de ella, como si la hubiera adquirido en compra absoluta a la Creación, y hace de sus árboles sencillamente lo que se le antoja, dándose frecuentemente el caso de que hasta frutales valiosísimos son destruidos para convertirlos en carbón vegetal, o para dar paso a cultivos de inmediata explotación"⁵⁴. Por tanto, se hacía un llamamiento al Congreso de la República para que se establecieran "reglas intangibles que defiendan al bosque y al árbol contra la ignorancia, el desdén o la codicia".

La tentación de obtener rápidas ganancias en la excepcional coyuntura del mercado durante la guerra alejó de momento cualquier intento en gran escala de enfocar los esfuerzos hacia la mejora del cultivo. En 1923 el notable científico José Isaac del Corral Alemán, director de Montes y Minas de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, exponía en su artículo "El problema forestal de Cuba" que la superficie forestal de la isla era de 135.848 caballerías (1.820.363 hectáreas), divididas en 92.363 caballerías de Monte Alto, 30.415 de Monte Bajo y 13.070 de Ciénagas y Manglares⁵⁵. Si se compara

⁵² Juan Tomás Roig, "Breve reseña sobre una excursión botánica a Oriente", *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural*, vol. III, 1917-1918, n° 4, 5 y 6, enero-mayo 1918, pp. 168-175.

⁵³ Insistió en la necesidad de crear en cada provincia una reserva forestal o bosque nacional, como se hacía en los Estados Unidos y en el caso de la Sierra del Luquillo en Puerto Rico. Estos bosques debían ser "lugares sagrados para todo el mundo" y podrían formarse impidiendo la extracción de maderas en los terrenos del Estado y a través de la propagación de las especies maderables más importantes. Proponía asimismo que se emitiera un decreto obligando a los dueños en las regiones de bosques en explotación a reservar un "equivalente al 10%, por lo menos, del área total que actualmente cubren los mismos" y la prohibición del corte y explotación de especies valiosas que iban siendo raras o que estaban casi extinguidas.

⁵⁴ "Notas Editoriales", *Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo*, noviembre de 1920.

con las estimaciones de inicios de siglo que situaban la cubierta forestal en torno al 50% del archipiélago, representaría la desaparición de los bosques en más de un 30% del territorio nacional en poco más de dos décadas. En espera de futuras precisiones basta con señalar que según los estimados de Matos la reducción fue muy similar a la ocurrida entre 1827 y 1877, la etapa de mayor esplendor azucarero del siglo XIX. Entonces en cincuenta años se talaron aproximadamente 175.487 caballerías de bosque (para una media de 3.509 caballerías anuales), mientras que ahora en la mitad de tiempo fueron tumbadas unas 172.066 caballerías, equivalentes a un promedio de 6.626 caballerías por año⁵⁶.

El daño provocado al medio natural era ya irreversible cuando quedaron en evidencia los efectos perversos en el orden económico, político y social del acelerado crecimiento azucarero durante las dos primeras décadas del siglo XX, era ya irreversible el daño provocado al medio natural. El deseo de obtener rápidos beneficios arrasó en pocos años la mayor parte de la riqueza forestal aún existente, que constituía una de las principales fuentes de recursos económicos para la economía local y el fundamento mismo del esplendor azucarero, sin contar con otras implicaciones ambientales. El citado editorial de noviembre de 1920 de la Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo (órgano oficial de la Secretaría de igual nombre) enjuiciaba así la intensa deforestación en los años precedentes:

Nuestra reserva forestal sufrió un enorme quebranto con el aumento considerable de los campos dedicados al cultivo de la caña de azúcar. El hacha demoledora derribó en menos de cuatro años millas y millas de los mejores bosques de Cuba, de los escasos bosques que aún nos quedaban, y a poco más hubiera quedado el país sin la sombra de un árbol, para dar el lugar a la efímera caña [...] No hay derecho a destruir esa riqueza fundamental y eterna para enriquecerse los poseedores circunstanciales de la tierra. Y ya se ve, a la postre, cuál ha sido el resultado fatal de nuestra imprevisión y de nuestra fiebre por convertir a Cuba entera en un vasto campo de caña. Ni siquiera hemos podido obtener el bien presente a expensas del porvenir.⁵⁷

Ante la acelerada desaparición de lo que quedaba de la célebre riqueza de los bosques cubanos, comenzaron a dictarse varios decretos a instancias de la Dirección de Montes y Minas. A partir de fines de 1922 y hasta 1924 el Presidente de la República Alfredo Zayas firmó varios decretos para la regulación de los aprovechamientos forestales y a favor de la ordenación forestal y protección de los bosques. Entre estos aparecían el decreto 753 del 24 de mayo de 1923, que declaraba de utilidad pública e interés general la conservación, mejora, fomento y protección de los montes existentes en la zona protectora y en las reservas forestales, tanto los de propiedad pública como de

⁵⁵ José Isaac del Corral Alemán, "El problema forestal en Cuba", *Cuba Contemporánea*, La Habana, mayo 1923, pp. 5-30. Estadísticas citadas en p. 15. La suma representaba el 16% del área entonces estimada para Cuba (114.524 km²) y el 16.5% de la real (110.920 km²).

⁵⁶ El mismo Matos señala que entre 1900 y 1913 las talas anuales fueron mayores, con 7.652 caballerías (102.544 hectáreas), mientras que de 1914 a 1926 el promedio fue de 5.600 caballerías (75.049 hectáreas). No obstante, aparte de que estas estimaciones requieren de nuevas precisiones, hay que advertir que la mayor parte de la deforestación en el segundo subperíodo se concentró antes del año 1921.

⁵⁷ "Notas editoriales", *Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo*, noviembre 1920, p. 1.

particulares; y de la misma fecha el decreto 772, que prohibía cortar palmas reales y árboles frutales, que muchas veces eran "objeto de tala para fines baladíos". Otras disposiciones de estos años determinaban las dimensiones permitidas para el corte de diferentes especies de árboles, como guayacán y fustete y la prohibición de la tala de otros como el ébano, nogal, guaimaro y guana⁵⁸.

Un momento culminante en la ofensiva legislativa frente al avance de la deforestación fue el Decreto 495, firmado por el presidente Gerardo Machado el 13 de abril de 1926, para la "Prohibición absoluta de hacer talas en los montes altos del Estado o de particulares". Este prohibía la tala de montes altos con el objetivo de sembrar cañaverales y fue prorrogado año tras año hasta la década de 1930. Representó sin duda un importante cambio de actitud, pero es evidente que ya eran pocos los bosques que se podían salvar. Al mismo tiempo llegó demasiado tarde como para impedir que los latifundios desmontaran enormes extensiones para establecer siembras de caña que fueron después un fracaso⁵⁹.

De esta situación daba cuenta años más tarde el informe Problemas de la Nueva Cuba, donde se concluía sobre los efectos del período de alza que siguió a la primera guerra mundial: "se perdieron millones de pesos en la inútil extensión de siembras de caña". Poco después se añadía, "se conoce de ejemplos en que un gran central se construyó solo para encontrar después que las tierras locales no eran adecuadas para la caña"⁶⁰. Es difícil encontrar mejor símbolo de la imprevisión que el de extensos territorios despojados de sus seculares bosques para un fin condenado al fracaso. Irónicamente apenas unos pocos años después un solo ejemplar de los mejores árboles convertidos en cenizas en las primeras décadas del siglo valía tanto como toda una caballería cubierta de bosques en tiempos de fiebre azucarera. En 1954 Oscar Pino Santos reproducía en la revista Carteles una conversación con un anciano protagonista de la transformación por el azúcar del valle del río Cauto, de donde se toma el siguiente fragmento:

"Dice don Bernardino:

-Usted me pregunta que cómo era esto hace años. Y yo le respondo, esto era monte y más monte. Sí señor. Ahora usted nada más ve cañaverales y bohíos. Antes aquí lo único que se veía eran árboles y más árboles. Ahora usted no escucha a veces nada más que el silbato del ingenio. Pues antes, aquí lo único que se oía era la jerigonza de los caos y las cotorras y el trinar de los pájaros. ¡Cómo ha cambiado, pero cómo ha cambiado esto!

-¿Y desde cuándo, don Bernardino?

⁵⁸ José Isaac Corral Alemán, *Derecho forestal cubano*, Tomo I: Disposiciones fundamentales. La Habana, Imprenta P. Fernández y Cía, 1936.

⁵⁹ Resulta importante destacar la coincidencia de la ofensiva legislativa en el tema de los bosques con un despertar del nacionalismo cubano hacia inicios de la década de 1920, desde diferentes sectores y concepciones. En este sentido valdría la pena explorar en el diálogo de esos nacionalismos con la transformación en gran escala de los paisajes de Cuba y su traspaso a manos extranjeras. Acerca de estas lecturas en otros contextos se puede consultar el artículo de Alberto Sabio, "Imágenes del monte público, patriotismo forestal español y resistencias campesinas, 1855-1930". *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n° 46, Madrid, 2002, pp. 123-153.

⁶⁰ Foreign Policy Association, *Problemas de la Nueva Cuba. Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos*, New York, 1935, pp. 501-519.

-Desde 1909, cuando vino el Central. Entonces compraron la caballería de tierra a cincuenta pesos. Y mire usted lo que son las cosas: hoy día uno sólo de los millones de árboles que aquí quemó la empresa vale más de cincuenta pesos.

-¿Quemaron los montes?

-Sobre todo a partir de 1917. Yo vi sacar algunas caobas y cedros con bueyes. Pero eso era nada. ¡Lo mejor, lo más grande del monte lo convirtieron en cenizas! Y luego, como en otros lugares, ¡a sembrar caña!"⁶¹

Cuando las tierras de La Habana, Matanzas y gran parte del centro de Cuba (junto a las pinareñas empobrecidas por el cultivo tabacalero) recibían el calificativo de cansadas y se consideraran poco productivas, es natural que las de la mitad oriental se convirtieran en la esperanza del nuevo auge del azúcar. Se estimaban como las más fértiles por su naturaleza y las más adecuadas para el cultivo de la caña, sin reparar en que podían sufrir similar proceso de deterioro. En este sentido no faltaron voces de alerta, como en el siglo XIX, pero los intereses económicos siguieron sin prestar atención. En una sesión de la Academia de Ciencias de La Habana del 26 de febrero de 1909, expresaba Crawley: "Un sistema vicioso de cultivo es responsable de la pobreza de los suelos en los distritos de antiguo colonizados y no es necesario ser profeta ni sabio para ver que las provincias del Este llegarán a ser yermas y estériles de la misma manera"⁶².

Partía Crawley de la idea de que la riqueza de Cuba estaba en sus tierras y que la prosperidad, poderío y perpetuidad de la nación dependían de la energía en inteligencia en la solución de los problemas del suelo. Otros dos científicos norteamericanos, Hugh H. Bennett y Robert V. Allison, autores del primer estudio general sobre los suelos cubanos publicado en 1928, concluyeron que podía conseguirse "un gran aumento en el rendimiento promedio de la caña mediante un mejor ajuste entre el suelo y los métodos de cultivo y por una reorganización de los campos con el propósito de quitar la caña a ciertos suelos inferiores y sembrarlos de nuevo con árboles maderables o pastos". Acerca del panorama agrario y los paisajes cubanos tras siglos de crecimiento azucarero escribieron:

Al viajar a través de las provincias al este de La Habana luce que la isla constituye un inmenso campo de caña. En muchos lugares aparecen campos sin interrupción alguna, que se extienden a través de la llanura hasta el horizonte. Se observará algún tabaco y lotes de maíz, plátanos, frijoles, yuca, boniatos, malangas y otros vegetales, y pequeñas arboledas de aguacates y mangos, pero estos generalmente serán borrados del cuadro mental agrícola por la enormidad y ubicuidad de los campos de caña.⁶³

⁶¹ Oscar Pino Santos, "El destino de Cuba: ¿convertirse en un desierto?", *Carteles*, La Habana, 28 de mayo de 1954, pp. 58-61, 102-103. Consultado en Oscar Pino Santos, *Los años 50. En una Cuba que algunos añoran, otros no quieren ni recordar y los más desconocen*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2001, pp. 47-52. El testificante, Bernardino Hernández, residía en el poblado Río Cauto.

⁶² Josiah T. Crawley, "Conservación y desarrollo de los recursos naturales de Cuba", *Anales de la Academia de Ciencias de La Habana*, t. 45, 1909, pp. 566-576, cita en p. 574.

⁶³ Hugh H. Bennett y Robert V. Allison, *Los suelos de Cuba*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962 (primera edición, en inglés, en 1928).

Conclusión

Desde 1898 hasta los años de la descripción de Bennet y Allison los paisajes de la mitad este de Cuba sufrieron una gran transformación ecológica. De un predominio de bosques, mezclados con áreas de extensas sabanas dedicadas al pastoreo y más reducidas zonas de cultivo, las provincias de Camagüey y Oriente pasaron a ser el exponente principal de la enormidad y ubicuidad de sus campos de caña. Se convirtieron así en ejemplo temprano de los efectos ambientales de una agricultura industrializada, cuyo despliegue en gran escala en Cuba durante las décadas iniciales del siglo XX fue posible gracias a las cuantiosas inversiones norteamericanas. Junto a las favorables circunstancias políticas y económicas, no se podría obviar la estructura de la propiedad, con un predominio claro de la de carácter individual, y la coyuntura del mercado azucarero, que propició el salto de la producción.

El citado artículo de José Isaac del Corral Alemán de 1923 sobre el problema forestal cubano se hacía eco de ambas cuestiones. Luego de plantear que Cuba se encontraba entre los países que requerían de una "protección especial para sus montes", por estar sujeto a periódicas lluvias torrenciales, por sus zonas montañosas y su situación geográfica, exponía que los bosques del Estado no eran suficientes para garantizar el importante papel que correspondía a las áreas forestales en el equilibrio biológico y económico de la nación. En este sentido criticaba la Ordenanza de Montes de 1876 por haber otorgado facultades omnímodas a los terratenientes, sin precepto alguno "que impida el descuaje de selvas milenarias"⁶⁴.

Isaac del Corral estimaba que la situación en Cuba respecto a la conservación de sus bosques era lamentable y que nada se había hecho para evitar la tala despiadada, "elevada a una considerable potencia en los años de 1915 a 1920". Este ritmo había disminuido algo en el bienio 1921 a 1922, pero volvía a resurgir con una nueva alza del precio del azúcar "que estimula convertir en cañaverales extensas y riquísimas selvas de las provincias orientales". Todo esto ocurría a pesar de que eran palpables y evidentes los daños de la "inmensa quemazón", por lo cual era de temerse que se agravarían si el Gobierno no imponía restricciones que impidieran la destrucción completa de la riqueza forestal de Cuba. Aunque de manera limitada, se puede decir que los decretos y leyes dictados por los Gobiernos republicanos a partir de la década de 1920 comenzaron a dar un vuelco respecto a las prácticas en torno a la protección y conservación de las escasas zonas forestales sobrevivientes. Las bases de la riqueza del país habían quedado seriamente mermadas. Frente a esta realidad, los científicos jugaron un papel primordial, al advertir de las consecuencias adversas derivadas del tipo de expansión agrícola basada en la tala de enormes extensiones de bosques y aportar soluciones.

⁶⁴ En verdad la Ordenanza de Montes de 1876 no hizo más que ratificar la situación existente desde 1815 respecto a los de propiedad particular. Una Real Cédula del 30 de agosto de ese año concedió a los hacendados en la colonia el derecho absoluto a abatir sus bosques, luego de varias décadas de litigio con la Marina Real, que hasta entonces disfrutaba de amplios privilegios para la explotación forestal. Al respecto se puede consultar: Reinaldo Funes Monzote, "Los conflictos por el acceso a la madera en La Habana: Hacendados vs. Marina", en José A. Piquera (ed.) *Diez nuevas miradas de historia de Cuba*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1998, pp. 67-90.

Aunque no es desconocida la enorme deforestación ocasionada para dar paso a los latifundios azucareros en Camagüey y Oriente durante el primer cuarto del siglo XX, lo cierto es que los historiadores que abordan la etapa le han concedido una escasa atención, en contraste con otras múltiples miradas de marcado sabor antropocéntrico. En general, se podría decir que salvo unas pocas menciones no existen estudios sobre la conexión de los factores ambientales con los económicos, sociales y políticos en la historia de Cuba. Sin embargo, una evaluación más detenida nos muestra que están mucho más entrelazados de lo que parece a simple vista. Esto nos convoca a la búsqueda de una mayor interrelación entre naturaleza y sociedad en lugar de las preocupaciones exclusivas por temas políticos, económicos y sociales, independientes o conectados entre sí, en los que los actores humanos se mueven con una aparente autonomía respecto al medio natural en que habitan. La historia ambiental y la historia de la ciencia representan dos prometedores enfoques en la historiografía sobre Cuba y sobre las primeras décadas del siglo XX en particular, pues no sólo amplían los contenidos a tratar sino que podrían modificar de un modo u otro ciertas formas tradicionales de evaluar el pasado.

En este artículo he ofrecido algunos elementos acerca de las interacciones del auge azucarero del primer cuarto del siglo XX cubano con las regiones naturales llanas y alomadas de la mitad este de Cuba. La intención principal era demostrar la estrecha dependencia de ese auge de los extensos bosques de esas regiones, que aportaron una enorme cantidad de materia orgánica como garantía de los altos rendimientos cañeros, maderas de construcción, combustible y traviesas, y que constituyeron una vía de amortización rápida para la inversión inicial. Por otra parte, se ha hecho referencia a algunas de las consecuencias ecológicas de este asalto definitivo sobre los bosques cubanos por el azúcar, aunque sin profundizar mucho más allá de las propias referencias a la gran deforestación que tuvo lugar, debido al espacio disponible.

Trasladar el énfasis hacia las relaciones de la sociedad cubana de inicios del siglo XX con su entorno natural implica necesariamente explorar aristas desdibujadas con el tiempo de las grandes transformaciones que se dieron entonces y hacer nuevas preguntas a sus protagonistas. ¿En qué medida se pueden estudiar los conflictos sociales de la época, sobre todo en zonas rurales, sin tener en cuenta su carácter paralelo de conflictos ambientales por el acceso a los recursos?, ¿cuáles fueron las consecuencias ecológicas, económicas y sociales, a corto y a largo plazo, de que una sola generación, o más específicamente unas pocas empresas capitalistas, consumieran toda la riqueza permanente representada en aquellas selvas milenarias en las provincias de Camagüey y Oriente en aras de aprovechar una buena coyuntura del mercado azucarero o tal vez del crecimiento económico de la isla en general?, ¿hacia dónde debemos mirar cuando escribimos la historia de Cuba: al crecimiento de la riqueza y la opulencia en La Habana o a la conquista y domesticación de lugares mucho más remotos de la isla, generadores de esa riqueza y a la vez tan poco beneficiados por la misma?, ¿cuál es el valor de conceptos y prácticas políticas como la democracia, la soberanía popular, la igualdad, etcétera, cuando sus supuestos beneficiarios no disfrutaban del control de los recursos naturales?, ¿a quiénes pertenece el derecho de explotar esos recursos en un país: al que disponga del capital para hacerlo, cualquiera sea su procedencia, o a quienes han nacido en el mismo y carecen de la capacidad para aprovecharlos?

Desde luego éstas y otras muchas preguntas que podrían hacerse al respecto no son algo nuevo. Sin embargo, la mayoría de las veces la naturaleza desaparece como uno de los actores principales o incluso como actor de reparto. La historia ambiental pretende devolverle ese lugar central en la evolución de la vida humana por medio del diálogo cada vez más necesario entre las llamadas Ciencias Sociales y las Ciencias Naturales. Es importante tener en cuenta esta perspectiva al estudiar la etapa de 1898 a 1925, puesto que con frecuencia se suele desconocer en dónde se encontraba lo que Ortiz definió, al señalar las causas de la decadencia cubana, como “el asiento de su riqueza”.